

DEL FUTURO, LA TECNICA Y EL PLANETA DE LOS SIMIOS



IGNACIO MARTIN BARO



DEL FUTURO, LA TECNICA Y EL PLANETA DE LOS SIMIOS

En una reciente serie cinematográfica, cada vez más mediocre, se fantasea sobre la posibilidad de un mundo en el que una raza de simios "hominizados" usurparía las veces del actual "homo sapiens", relegado entonces a un neosalvajismo primitivo. La causa de este hipotético trastueque lo constituiría un desbordamiento de la agresividad humana, una falta de control sobre los recursos técnicos y, por tanto, una irresponsable auto-destrucción del género humano.

Sentimos que la Segunda Guerra Mundial ya nos queda un tanto lejos —al menos psicológicamente— queda el temor desatado por la aparición de las armas nucleares con su amenazante capacidad aniquiladora. Las angustias de los existencialistas nos suenan ya a romanticismo y hoy nadie pierde el sueño por la eventualidad de una invasión de marcianos. Sin embargo, los espíritus más perspicaces no dejan de inquietarse ante un futuro acelerado —en cuanto mutación radical del presente—, que amenaza con desbordar el control humano. No se teme el advenimiento de una raza de simios inteligentes —hipótesis exótica y nada probable—, pero sí el creciente poder de la técnica, las computadoras y los robots bio-técnicos.

En un reciente libro, *El shock del futuro* (Plaza y Janés, Barcelona, 1971), el norteamericano Alvin Toffler reflexiona sobre el impacto que la progresiva aceleración de la técnica va teniendo en el hombre. A ese impacto lo llama el shock del futuro. Con él —dice Toffler— se pretende describir "las desastrosas tensión y desorientación que provocamos en los individuos al obligarlos a un cambio excesivo en un lapso de tiempo demasiado breve". El shock del futuro es, por consiguiente, "la enfermedad del cambio", "la angustia, tanto física como psicológica, nacida de la sobrecarga de los sistemas físicos de adaptación del organismo humano y de sus procesos de toma de decisiones... la reacción humana a un estímulo excesivo".

Es indudable que el psiquismo humano tiene unos umbrales con respecto a la velocidad de su funcionamiento, pasados los cuales se produce la taquipsiquia o el enlentecimiento patológico. Según Toffler, la aceleración contemporánea de los cambios va invadiendo todos los aspectos de la realidad, caracterizada cada vez más por la transitoriedad, la novedad y la diversidad. Todo ello rompe continuamente los esquemas de referencia individuales, ruptura que no es fácil reparar. Y aquí se presenta la crisis. Porque la inadecuación de los esquemas frente a la realidad deja al individuo inerte e inseguro, lo que conduce a la angustia y, en definitiva, a la enfermedad: al shock del futuro.

Toffler no parece dudar en ningún momento sobre la universalidad de su análisis. Sin embargo es obvio que, si su diagnóstico es acertado, lo es únicamente para aquellas sociedades o grupos humanos afectados por la hipertrofia tecnológica. No es que Toffler ignore las diferencias existentes en el mundo, ni los abismos que separan, por ejemplo, al norte del sur de nuestra América. Sin embargo, se diría que estos son detalles sin importancia, "peccata minuta" fácilmente subsanable, ya que —según él— la revolución super-industrial podrá, en el momento que quiera, acabar con "el hambre, la enfermedad, la ignorancia y la brutalidad". El problema —grave problema— es que la revolución super-industrial no es una revo-

lución en abstracto, sino la "revolución" (pongo el término entre comillas porque quizá estemos forzando demasiado su significación) de una determinada sociedad y, más exactamente, de un determinado grupo social: el grupo de los poderosos. A él, a su querer o no querer está condicionada la solución. Hay un hecho: **si los poderosos quisieran**, podrían no mañana, sino hoy mismo erradicar del mundo al menos el hambre y la enfermedad. Pero eso exigiría de su parte una reconversión, un cambio en cuanto a sus objetivos y una abdicación radical de sus intereses egoístas. Esto no sólo no se ve para el futuro, sino que la dirección que llevamos apunta precisamente en sentido contrario. Mientras los poderosos sigan considerando su propio desarrollo (incluso a niveles gigantescos, desproporcionados) como la mejor (y casi única) meta, los oprimidos y dominados seguiremos soportando sobre nuestras espaldas desnutridas el peso de su opulencia. Evidentemente, esto no es un problema técnico, sino ético y, en el fondo político.

Toffler es un venerador de la tecnología, más aún, de la tecnocracia. Claro que pretende ponerla sus condiciones, al menos, imponerla una dirección. Pero lo que nunca pone en duda es la necesidad de su crecimiento y progreso sempiterno. Quienes se oponen a la técnica —es su razonamiento— son unos románticos retrógrados y utopistas. La tecnología es potencialmente buena, y no es oponiéndonos a ella como vamos a edificar un mundo mejor, sino preparándonos para vivir bajo su hégira. Esto, una vez más, nos parece un raciocinio demasiado abstracto y, en el fondo, ideológico: mucha de la tecnología actualmente existente no tiene ninguna bondad, ni siquiera en potencia, ya que por su lógica interna está conduciendo a la destrucción. Por otro lado, a los pueblos oprimidos no nos interesa ligarnos al carro de una tecnología indiscriminada e impuesta; por ese camino, siempre estaremos a la cola de los dominadores (Varsavsky), y recibiendo lo que a la cola le corresponde. Pretender insinuar, como hace Toffler, que quien no se ligue al actual progreso tecnológico quedará fuera de la historia, es querer forzarnos a entrar en la órbita de un nuevo imperialismo, ya no de orden económico sino técnico. En el fondo, se trata de mantenernos en nuestro actual estado de opresión; la técnica se convierte en un nuevo "opio popular", una nueva manera de vender nuestro ser y nuestro hacer; una nueva manera de vender desde hoy nuestro mañana.

La verdad es que nada nos fuerza a seguir ese camino. Nada excepto la presión ideológica de exposiciones como la de Toffler y, más a la raíz, las fuerzas que él representa, fuerzas que, mal que nos pese (y nos pesa muchísimo), tenemos metidas hasta en la sopa. Nuestro problema, el problema de las grandes masas de nuestro pueblo, no es el shock del futuro por exceso de cambio, sino por defecto. El shock del futuro no sólo se produce como consecuencia de una ruptura del umbral psíquico por exceso (manía), sino también por defecto (depresión). Y este es el polo en el que los latinoamericanos desgraciadamente nos encontramos. Para la mayoría de nosotros, sobre todo para los realmente desposeídos, que son los más, el tiempo —relación del hombre con su mundo— no desborda por velocidad, sino por quietud. Es sabido que, tanto física como psíquicamente, tan malo es para el organismo el exceso como la ausencia de cambio. El mismo Toffler reconoce esta polaridad en una larga nota de su obra. Para nosotros el problema no es que haya demasiados cambios, sino que no hay cambio alguno en lo fundamental desde hace ya muchos siglos. La opresión de la colonia se convirtió en opresión del imperialismo económico, la opresión de las armas en opresión del dinero, y nuestro pánico es que la opresión del dinero vaya a convertirse en opresión de la técnica, sin que nos sea posible emerger nunca como sujetos autónomos de nuestra propia historia.

Algo que no dice Toffler es que si un grupo social se encuentra hoy sometido a la presión de un cambio hiperacelerado, es en gran parte debido al mantenimiento en la **opresión** de la inmovilidad a otro grupo (los pueblos del tercer mundo). La supertecnificación de los unos no es ajena a la depauperación subdesarrolladora de los otros, perpetuamente subyugados a su voluntad, uncidos a su ser, subordinados a sus intereses. A nosotros, pueblos latinoamericanos, no nos presiona el futuro; nos oprime el presente. No es jugar con los términos afirmar que nuestro shock no es por exceso, sino por defecto de futuro. Pero ello, paradójicamente, nos abre una nueva posibilidad de liberación. Tenemos la oportunidad histórica de oponernos, por una opción axiológica y política, a cierto crecimiento tecnológico, a determinada avalancha tecnócrata, y así evitar el shock del futuro super-acelerado. Podemos, hoy que nos encontramos en el gozne de la super-industrialización de las grandes potencias, renunciar a seguir ese camino, un camino que para nosotros no promete sino la perpetuación de nuestro estado de opresión. Podemos esquivar ese shock del futuro por exceso, no forzando nuestra creatividad ante los problemas generados por la técnica, sino renunciando de antemano a mucha de esa técnica. Entiéndase que no estoy defendiendo un naturalismo pseudorromántico ni un rousseauianismo ingenuo. Pero pienso que debemos desechar abiertamente aquella técnica que no sirva claramente a los intereses populares. Esto, qué duda cabe, es una opción política, quizá la única opción sensata que nos es posible adoptar en la actual coyuntura.

Ya hace años que Masferrer habló de un "mínimum vital", y su punto de vista sigue siendo perentorio y válido. Pero hoy conviene completar esa visión, señalando —como lo ha hecho Illich— un "maximum vital". Necesitamos fijar un techo a la tecnología deseable, a fin de mantener todo lo que la técnica implica al servicio auténtico —no meramente nominal— de los intereses populares. Oskar Varsavsky afirma atinadamente que ya poseemos un suficiente desarrollo técnico material como para subvenir adecuadamente a nuestras necesidades mínimas; lo que necesitamos es un desarrollo psicosocial, humano y político, que fija —digámoslo así— nuestras "necesidades máximas". Nuestro problema no consiste **tanto** en aumentar abrumadoramente nuestra renta per capita (subrayo el tanto, para no excluir la obvia necesidad de crecimiento), cuanto distribuir justamente lo que tenemos; no tanto en aumentar la variedad de los productos, cuanto en abaratar los esenciales que ya producimos; no tanto en incrementar los bienes de consumo, cuanto en posibilitar que todos tengan aquel consumo que necesitan para poder vivir y desarrollarse como seres humanos. Todo esto, pues, ya no es simple cuestión de trazar mínimos, sino también de señalar máximos.

No me gusta pensar en el papel de "simio". Pero jugaré con la imagen. Sin duda ninguna, es el papel que representamos en el mundo actual (dominados serviles) y, ciertamente, el esquema con el cual nos perciben los "superdesarrollados" del Norte. Los problemas que el crecimiento incontrolado de la técnica está acarreando a nuestros "dueños" nos ofrece una oportunidad histórica espléndida en vistas a nuestra liberación. Quizá para la creación de un "planeta de los simios". Pero, en todo caso, un planeta nuestro, en el que podríamos empezar a hacer nuestra historia sin tener que pedir su beneplácito a los "guardianes del zoo". Lo que no es **ninguna** hipótesis exótica para productores cinematográficos, sino un reto a nuestros pueblos.

Ignacio Martín Baró